

Carta del Director

ENTRE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD Y GUANTÁNAMO

MANUEL GUEDÁN

Director de Quórum.

No hay observador, medianamente objetivo, que no reconozca hoy que la estrategia antiterrorista de Estados Unidos está siendo un rotundo fracaso. Como también está siendo un fracaso su política para Oriente Medio. En América Latina tampoco ha cosechado éxitos. El presidente George Bush ha viajado más veces que su antecesor Bill Clinton a los países vecinos y, sin embargo, no ha sido capaz de ganarse la confianza de los latinoamericanos.

El ex secretario de Estado norteamericano Zbigniew Brzezinski, un gran experto en política internacional, acaba de publicar un libro, *Three Presidents and the Crisis of American Superpower* en el que hace algunas valoraciones sobre la imagen de Estados Unidos en el mundo. A juicio de Brzezinski, el presidente Bush ha conseguido «convertir su oportunidad en una herida infligida a sí mismo y que permanece abierta, provocando una escalada de hostilidad global contra Estados Unidos. Gracias a la conducción unilateral de la política exterior, después del 11-S, el símbolo que evoca a América, a ojos del mundo, ha dejado de ser la estatua de la Libertad y ha pasado a ser el campo de prisioneros de Guantánamo».

Estados Unidos se ha equivocado mucho en su política exterior, y en demasiadas ocasiones su postura hacia América Latina ha estado más marcada por el Pentágono que por otros poderes. Además, ha adolecido de un conocimiento a fondo de los problemas latinoamericanos. Pero, desde principios de los años 90, algo empezó a cambiar y conviene tenerlo en cuenta: los intereses se han diversificado y, a la hora de diseñar su política exterior, pesan mucho las necesidades de sus

multinacionales, los sindicatos o los grupos anti emigración, pero influyen también, aunque en menor medida, los defensores de los Derechos Humanos, las diferentes confesiones religiosas, los *lobbys* latinos, ciertos *think tanks*, como el The Inter America Dialogue y otras organizaciones.

No obstante, el poder principal sigue estando en la Casa Blanca y la popularidad del presidente Bush es espectacularmente baja, una de las más bajas de la historia. Una encuesta de Galup, realizada en 18 países latinoamericanos, señalaba que sólo el 26% de los ciudadanos apoya la gestión del presidente norteamericano, con una horquilla que oscilaba entre el 44% de Panamá y el 9% de Argentina. Arturo Valenzuela, ex asesor de Clinton y actual profesor de la Universidad Georgetown, dice que «Estados Unidos aparece más interesado en avanzar su estrategia global que en preocuparse por los problemas reales de América Latina. Así, castigó a México y Chile por no haber apoyado a Washington en Naciones Unidas y buscó la candidatura de un presidente centroamericano para la Secretaría General de la OEA, como recompensa por haber mandado tropas a Irak». Y Valenzuela añade que «al tiempo que la brecha entre ricos y pobres se incrementa y temas tan importantes como la inseguridad pública y las presiones migratorias pasan a primera plana, la ayuda externa de Estados Unidos baja y se sitúa para todo el continente en un nivel inferior a la ayuda que recibe Egipto».

No se puede ser más explícito. Y, en estas circunstancias, el sucesor de Bush va a tener una difícil tarea de recomposición de la imagen de Estados Unidos en el mundo, en general, y en América Latina, en particular. Además, tendrá que reorientar la lucha antiterrorista y abordar algunos asuntos que su antecesor ha relegado o maltratado, como la energía, el medio ambiente, la lucha contra la pobreza en el mundo y contra las mafias y el narcotráfico que, en algunos países de América Latina, se ha convertido en una cuestión de Estado.

Hay poderosas razones para que el Gobierno de los Estados Unidos se interese por el desarrollo económico y social de América Latina.

Donna Hrinak, antigua embajadora norteamericana en Brasil, Bolivia y República Dominicana, reconocía que sus vecinos del sur son el segundo socio comercial de su país e, incluso excluyendo a México, América Central y del Sur tienen un volumen de comercio con la potencia del norte superior a todas las demás regiones del mundo. Brasil compra ya casi tantos productos norteamericanos como China y Argentina, más que Rusia. Por otra parte, según la Oficina del Censo, la población hispana en Estados Unidos creció, en el 2005, en 1,4 millones y alcanzó 41 millones trescientos mil, una cifra superior a la de la población afroamericana.

Estos datos debieron de influir en el presidente Bush cuando, en los inicios de su primer mandato, anunció que el presente siglo iba a ser «el siglo de las Américas». Después ocurrió el trágico suceso del 11-S y la errática respuesta de Estados Unidos al terrorismo provocó, entre otras cosas, que Norteamérica se desmarcara del cumplimiento de los Objetivos del Milenio. El desinterés de Washington por América Latina ha sido, desde esa fecha, casi permanente, y sólo Cuba, Colombia y, recientemente Venezuela y la creciente presencia comercial de China, despiertan un interés, en algunos casos casi obsesivo.

Durante la guerra fría, Estados Unidos consideró a América Latina como parte de su estrategia global: había que impedir que la URSS ganara influencia y, para ello, se legitimaron golpes de Estado y dictaduras militares. En la última década, las relaciones se han vuelto más complejas y Norteamérica ha empezado a aplicar políticas bilaterales o subregionales. Los Tratados de Libre Comercio, pendientes de ratificar, con Perú, Colombia y Panamá son un ejemplo, así como el proceso de integración comercial con México —a pesar del humillante muro—, América Central y el Caribe.

El siglo XXI requiere que el Norte y el Sur se miren de otra manera. Estados Unidos es la mayor economía de la región, el principal poder militar, el miembro más poderoso de los organismos multilaterales y posee una fuerte influencia a través de lo que se ha venido llamando «el poder blando». Pero, a pesar de todo, necesita a sus veci-

nos para dar una solución eficaz y estable a los problemas de emigración, para satisfacer las necesidades de expansión de su mercado, para abordar los problemas derivados del narcotráfico, que afectan también a su seguridad, y en definitiva, para mantener un liderazgo y convertirse en un factor democratizador y estabilizador de una sociedad internacional cada vez más plural.

América Latina es una región vastísima y variada, que constituye una de las principales reservas de la biosfera, es rica en materias primas —particularmente petróleo y gas—, tiene recursos humanos, tiene una capacidad de exportación cada vez mayor y ejerce una considerable presión demográfica sobre la frontera sur de Estados Unidos. Y necesita, para su desarrollo económico, inversiones y tecnologías extranjeras y establecer estrechas conexiones con la economía norteamericana que, por otra parte, es la que proporciona los millones de remesas que mandan los emigrantes.

Pero hay un problema adicional y es que, a diferencia de las décadas de los 90, hoy en América Latina han surgido diversos conflictos bilaterales: entre Argentina y Uruguay, entre Argentina y Chile, entre Uruguay y el MERCOSUR, entre Bolivia y Brasil, entre Perú y Venezuela, y entre Lula y Chávez por las fuentes de energía, a los que hay que sumar la crisis evidente del MERCOSUR y la de la Comunidad Andina de Naciones, con el abandono de Venezuela. El Gobierno de Chávez, principal impulsor del ALBA, por sus abundantes recursos energéticos, se está convirtiendo en un creciente actor internacional, claramente hostil a los Estados Unidos. Hace falta, para que no se deteriore el diálogo, una política eficaz de cooperación multilateral, que sirviera de contrapeso y que sólo puede ser impulsada por Brasil, Chile, Argentina o Perú.

El nacimiento de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) aunque creada precipitadamente en la Cumbre Energética de isla Margarita y no sustentada en un modelo compartido de integración, puede ser, sin embargo, ese marco que vaya limando diferencias para intentar alcanzar mayores acuerdos. UNASUR, al menos, ha conseguido

que los presidentes Lula da Silva, Michelle Bachelet, Nestor Kirchner, Evo Morales, Rafael Correa, Nicanor Duarte, Sam Hinds y los cancilleres del resto de los países, logren un consenso para redactar los 17 puntos fundacionales y para designar a Rodrigo Borja, como secretario general, y a la ciudad de Quito, como sede.

Lo mejor para todos sería que Estados Unidos y América Latina pacten una nueva agenda que, como dijo recientemente la Secretaria de Estado para Iberoamérica, Trinidad Jiménez, contenga no sólo aspectos comerciales, sino también políticos. A juicio de la Secretaria de Estado deben incluirse elementos del proceso de integración europea, particularmente, en lo que se refiere a los Fondos de Cohesión y solidaridad. Estados Unidos tendría que plantearse un nuevo concepto de las relaciones y crear instrumentos e instituciones que puedan manejar la interdependencia con México, el Caribe y América Central. Con América del Sur, debe pensar también un nuevo modelo de relación, que busque la complementariedad entre MERCOSUR, la recién nacida UNASUR, los acuerdos a través de los TLC y el modelo recién surgido de cooperación, a través de áreas específicas impulsadas por el ALBA.

Afortunadamente, el Gobierno de Bush, salvo escasas excepciones, mantiene relaciones normalizadas con los Gobiernos de la región. Y eso es un activo que debería aprovechar la próxima administración. Dada la historia de las intervenciones del Gobierno de Washington en América Latina, es lógico que exista desconfianza, pero es peligroso y esterilizante pasar de la desconfianza a la animadversión, que para nada sirve y a nadie ayuda. A la luz de cómo van las cosas hasta ahora, no es de prever que, en los próximos años, se cree un poderoso mecanismo de cooperación e integración, pero tampoco que se abra una profunda brecha de hostilidad entre el Norte y el Sur americanos. Lo lógico es que sigan desarrollándose estas relaciones, aunque llenas de complejidad y de contradicciones.